



Una reflexión filosófica en torno al uso de la inteligencia artificial

JORGE BALLADARES BURGOS

Jorge Balladares Burgos, desde su mirada filosófica, nos plantea este artículo que reflexiona sobre la inteligencia artificial (IA), preguntándose sobre su condición ontológica y ética. Propone superar las visiones dicotómicas —humano/artificial— mediante la categoría relacional humano-IA, que actúa como socio intelectual en procesos de copensamiento. Defiende una inteligencia híbrida que potencia capacidades mutuas y subraya la necesidad de una ética responsable —basada en proporcionalidad, transparencia y sostenibilidad— para guiar su uso en educación y sociedad, al servicio del bien común.

“
La educación enfrenta
el reto de incorporar
estas herramientas
dentro de sus
fines pedagógicos,
garantizando
que actúen como
instrumentos al
servicio del aprendizaje
y no como metas
en sí mismas.
”

En la actualidad, la IA se posiciona como una tecnología disruptiva capaz de imitar diversas formas de producción y creación propias de la inteligencia humana. En especial, la inteligencia artificial generativa (IAG) introduce un desafío significativo al permitir elaborar contenidos en múltiples lenguajes digitales, desde la creación de textos o imágenes hasta la elaboración inédita de videos o audios. Estas herramientas de IA inauguran una nueva etapa tecnológica que exige ser resignificada por la propia inteligencia humana como una mediación en todos los ámbitos de la vida. Ante el nuevo panorama, el ámbito de la educación enfrenta el reto de incorporar estas herramientas dentro de sus fines pedagógicos, garantizando que actúen como instrumentos al servicio del aprendizaje y no como metas en sí mismas. Si bien su integración en la enseñanza provoca incertidumbre entre los docentes, también abre



©freepik.com

un horizonte de oportunidades para renovar las prácticas educativas. ¿Cuál es el sentido del uso de una IA hoy? ¿Es posible realizar una reflexión filosófica y ética en torno a una IA? Estas interrogantes constituyen el punto de partida de este ensayo.

LA CONDICIÓN ONTOLÓGICA DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Para reflexionar sobre la IA, hay que abordar qué es *tecnología*. A su vez, la comprensión de este concepto requiere partir de la noción *técnica*. Este término proviene del griego *tecné*, cuyo significado es ‘arte’ u ‘oficio’. La *tecné* alude a una disposición racional que permite al ser humano producir mediante el uso de la razón, en que el acto creador se convierte en fin en sí mismo. Aristóteles, en su libro *La ética a Nicómaco*, definía la *tecné* como la capacidad de producir acompañada de la comprensión de lo que se realiza. Por su parte, el término *tecnología* se deriva de las palabras griegas *tecné* y *logos* —que significa ‘razón’—, y se lo conceptualiza como el estudio del arte u oficio. De esta manera, mientras la técnica es el procedimiento mediante el cual se transforma la realidad, la tecnología constituye el cuerpo de conocimientos que sistematiza y orienta dichos procedimientos.

El filósofo Martin Heidegger problematizó la visión instrumental de la técnica en su ensayo *La pregunta por la técnica*. Aunque tradicionalmente se ha entendido a la técnica como un medio para alcanzar fines, Heidegger propone que esta no es solo una herramienta externa, sino una condición constitutiva del ser humano; a esta condición antropológica de la técnica la denomina *tecnicidad*. En este sentido, la tecnicidad se integra como una característica intrínseca de la concepción ontológica

“**Heidegger propone que la técnica no es solo una herramienta externa, sino una condición constitutiva del ser humano; a esta condición antropológica de la técnica la denomina *tecnicidad*.**”



heideggeriana del ser, que se constituye en el ser-ahí —*dasein* en alemán—, que convierte al ser humano en *Homo faber*, es decir, un ser capaz de transformar y revelar posibilidades en su entorno. De este modo, la técnica no se reduce a una función utilitaria, sino que expresa una condición existencial del ser humano que posibilita la emergencia y la configuración del ser en cuanto ser.

Pensadoras como Floralba Aguilar Gordón —en «Reflexiones filosóficas sobre la tecnología y sus nuevos escenarios»— mencionan que la filosofía de la tecnología se sitúa como un saber analítico y comprensivo de los procesos tecnológicos, cuyo propósito consiste en orientar presupuestos ontológicos, antropológicos, epistemológicos y axiológicos para establecer categorías fundamentales con el fin de reflexionar en torno a la esencia, el sentido y el significado del hecho tecnológico en sí, y la relación de la tecnología con el ser humano. A partir de ahí, se han derivado varios puntos de partida de la reflexión filosófica al mencionar un ser tecnológico, un ser digital, la digitalización del ser y de la vida, entre otros. De hecho, la tecnología no es simplemente un conjunto de instrumentos o herramientas, sino un proceso que suele abordarse filosóficamente desde distintas perspectivas:

“**La tecnología no es simplemente un conjunto de instrumentos o herramientas, sino un proceso que suele abordarse filosóficamente desde distintas perspectivas.**”

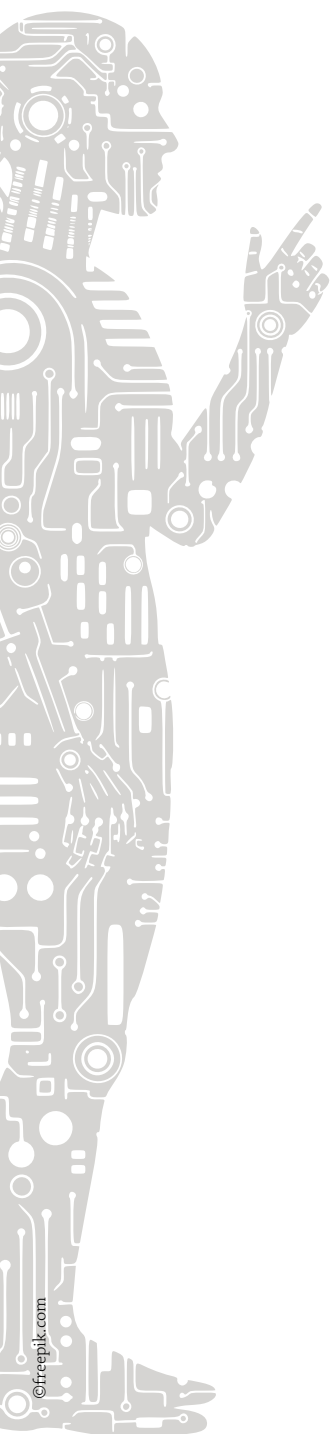
a las reglas formales, a los cálculos probabilísticos, a los modelos de lenguaje, entre otros, lo que supone que la mente humana es replicable mediante procesos simbólicos. Estas concepciones pueden generar absolutismos en torno a posturas sobre una inteligencia humana que se centra exclusivamente en las funciones neurocerebrales o a un exacerbado *cerebrismo*, o al considerar que las máquinas —en el caso de la robótica— pueden alcanzar una autonomía plena en la toma de decisiones y en la ejecución de sus acciones sin requerir una intervención humana.

La condición ontológica de la IA genera una distinción de categorías dicotómicas a partir de la concepción de una inteligencia, tales como lo humano y lo artificial, lo material y lo formal, lo universal y lo particular, un ser-inteligente y un ser-artificial, entre otros. Por ejemplo, desde la perspectiva del materialismo filosófico, se puede inferir que la inteligencia no es solamente una estructura formal de procesos, sino que depende de una materialidad en su integración

en la condición humana y en su inserción en contextos técnicos, históricos y culturales.

Como una consecuencia ontológica, se puede afirmar que una IA no puede concebirse como una réplica perfecta de la inteligencia humana, ni como un ente radicalmente ajeno u opuesto a lo humano. Carlos Madrid Casado, en *Filosofía de la inteligencia artificial*, sostiene que es indispensable superar la rigidez entre lo natural y lo artificial: la inteligencia humana ya es artificial en cierto grado, dado que se ha desplegado a través de mediaciones técnicas y culturales, mientras que la IA se construye desde de una interacción con lo humano. De esta manera, se cuestionan tanto visiones alarmistas como expectativas ingenuas en torno a la presencia e irrupción de la IA, dado que las categorías dicotómicas pueden considerarse categorías entrelazadas en continua relación e interacción, más allá de ser vistas como opuestos irreductibles.

A partir de una reflexión ontológica, se puede cuestionar sobre concepciones dominantes sobre «lo inteligente» y «lo artificial». Hoy en día se identifican ciertos enfoques filosóficos a partir de prácticas de uso de la IA desde una visión reduccionista, limitada a los algoritmos,



Esta consecuencia ontológica procura superar las visiones instrumentalistas en la constante preocupación sobre los límites y alcances del uso de la IA en los procesos humanos, para tener miradas de una integración efectiva con las personas. En este sentido, un nuevo enfoque de la relación entre lo humano y lo artificial orienta hacia otros sentidos en una nueva relación entre el ser humano y la IA, es decir, una nueva categoría ontológica humano-IA. Esta relación lleva a superar concepciones de la IA como un mero instrumento o como un asistente autónomo; el vínculo humano-IA puede llevar a considerar a esta última como un socio intelectual. Esta nueva relación implica una ampliación de las capacidades cognitivas humanas a través del cultivo de una interacción, de un diálogo crítico y de una colaboración intelectual. Desde el ámbito de lo educativo, surgen nuevas experiencias de lo humano-IA a partir de enfoques de copensamiento —*co-thinking* en inglés— que nos invitan no solo a saber cómo usar la IA, sino también a cómo pensar con ella.

A partir de esta nueva categoría relacional humano-IA, se plantean otras convergencias entre la inteligencia humana y la IA, cuando se menciona una inteligencia híbrida, definida como la capacidad de lograr objetivos complejos a través de la combinación entre la inteligencia humana y la IA que logra resultados superiores y mejora continuamente, aprendiendo la una de la otra. Una inteligencia híbrida pretende lograr una IA aumentada por humanos y una inteligencia humana aumentada. Mientras que la primera se refiere a una IA entrenada por humanos, la segunda se orienta hacia el resultado del trabajo entre los seres humanos y la IA para mejorar las capacidades de la inteligencia humana.

Una nueva categoría relacional humano-IA ratifica una complementariedad entre ambas inteligencias. Retomemos la visión de Aristóteles en su texto *Física*. Este filósofo afirmaba que todos los seres naturales poseen en sí mismos un principio interno de acción y movimiento que los hace seres móviles, capaces de actuar por su propia esencia. En contraposición, cualquier artefacto o artificio no-natural requiere de una causa eficiente, es decir, de una causa externa para funcionar y existir. Esta perspectiva aristotélica también puede aplicarse a la IA. Aunque su diseño algorítmico puede crear un nuevo contenido, no tiene la capacidad de tomar la iniciativa. Una herramienta de IA no es capaz de formular preguntas o información por sí misma, dado que su dinámica depende de las instrucciones (*prompt* en inglés) que el ser humano proporcione. Por lo tanto, la IA requiere de una causa externa —de una causa eficiente según Aristóteles— para ejecutar sus procesos. La IA, como producto delegado, ratifica el principio de autonomía de la acción propia de la condición humana.



“

El desarrollo de la IAG problematiza las capacidades de razonamiento, argumentación y creatividad, cuando plantea el dilema de reemplazar estas capacidades humanas a través de los modelos de lenguaje.”



Luego de una consecuencia ontológica que permite encontrar sentidos del uso de la IA desde la categoría relacional humano-IA, es clave complementar esta reflexión filosófica a partir de una filosofía práctica, que se constituye en la ética en sí. De hecho, el desarrollo de la IAG problematiza las capacidades de razonamiento, argumentación y creatividad, cuando plantea el dilema de reemplazar estas capacidades humanas a través de los modelos de lenguaje. Esta competencia generativa de la IA nos recuerda la propuesta de Noam Chomsky, en su perfil de lingüista, cuando plantea una gramática generativa transformacional —en *Estructuras sintácticas* (1957)— como un marco teórico que postula que la capacidad humana para producir y comprender un número infinito de oraciones proviene de un conocimiento innato y finito. En la gramática, uno genera oraciones a través de una estructura profunda o un significado abstracto, que luego se transforma mediante reglas transformacionales para producir una estructura superficial, sea de forma oral o escrita. Si se hace un paralelismo, se evidencia que una IAG puede comprender y generar tex-

tualidades, así como crear diferentes contenidos a través de los multilenguajes, generando y transformando contenido.

Las tendencias de la reflexión ética sobre la IA tienen un enfoque deontológico, donde las acciones humanas mediadas con ella deben guiarse a través de principios que garanticen tanto lo humano en sí como la humanización del uso de la IA. Entre los múltiples marcos éticos que se plantean en torno al uso de esta herramienta, se pueden identificar algunos principios. El principio de proporcionalidad recuerda que la IA no debe emplearse de manera indiscriminada ni con fines que trasciendan los objetivos legítimos para los cuales se diseña. En este sentido, se mira a la IA como un recurso que complementa y potencia las capacidades humanas, mas no podrá considerarse como un fin autónomo desligado de las necesidades y valores colectivos. Esto implica asumir que toda decisión tecnológica encierra una dimensión ética y que sus efectos sobre personas y comunidades deben evaluarse con rigor.

Asimismo, una ética exige que el uso de IA parta de principios como la transparencia, la responsabilidad y la protección de la privacidad. La complejidad y opacidad de muchos algoritmos pueden generar exclusión, manipulación o pérdida de autonomía si los individuos desconocen cómo se utilizan sus datos o bajo qué criterios se toman decisiones que afectan sus vidas. Por ello, resulta indispensable establecer mecanismos claros de rendición de cuentas y garantizar que la supervisión humana prevalezca en ámbitos críticos, como la educación, la salud y la justicia. La ética de la IA, en consecuencia, no se limita a diseñar sistemas técnicamente seguros, sino que demanda estructuras de gobernanza que aseguren el control humano sobre los procesos tecnológicos.

Además de reducir riesgos, la reflexión ética en torno a la IA busca orientar su contribución a un horizonte de mayor equidad e inclusión social. El acceso justo a los beneficios de la digitalización y el combate a las desigualdades deben considerarse prioridades en cualquier política de innovación tecnológica. Asimismo, la sostenibilidad, tanto ambiental como social,

exige que el desarrollo de la IA se vincule con la preservación de la vida y el equilibrio planetario. En este marco, la ética se convierte en una guía para que la IA no solo evite causar daño, sino que también se consolide como una herramienta al servicio de una sociedad más justa, solidaria, inclusiva y democrática, al servicio del bien común.

No se pueden negar los riesgos del uso de la IA en torno a una deshumanización. El filósofo Hans Jonas —en *El principio de responsabilidad: ensayo de una ética para la civilización tecnológica*—, a partir de una ética de la responsabilidad, nos recuerda sobre el compromiso que hoy en día los seres humanos tenemos con las futuras generaciones. Esta perspectiva generacional, la responsabilidad con la naturaleza, es un llamado a concientizarnos sobre la vulnerabilidad de la vida y las consecuencias devastadoras en el planeta si no hay una apuesta ética por un cuidado medioambiental. El principio de responsabilidad también nos da respuesta del uso de la tecnología; cuando no se guía con prudencia, puede tener efectos negativos para los seres humanos y la Tierra.

“

La ética se convierte en una guía para que la IA no solo evite causar daño, sino que también se consolide como una herramienta al servicio de una sociedad más justa. ”

CONCLUSIONES

Una reflexión filosófica permite comprender que la presencia de la IA no se trata simplemente de un conjunto de algoritmos o herramientas al servicio de fines utilitarios, sino también de un fenómeno complejo que interpela la condición humana en sus dimensiones ontológicas, éticas, culturales y sociales. La IA, en especial la generativa, evidencia cómo la técnica y la tecnología se han constituido en mediaciones de la configuración de lo humano, al mismo tiempo que generan tensiones entre lo natural y lo artificial, lo material y lo formal,

lo humano y las máquinas. De ahí que, más que pensar la IA como un ente ajeno o sustitutivo de la inteligencia humana, el desafío sea usarla como parte de un proceso de interacción y co-construcción que transforma la manera en que pensamos, creamos y nos relacionamos.

En este sentido, resulta indispensable una categoría relacional humano-IA a partir de su complemento y convergencia. Concebir a la IA como socio intelectual y como mediación en procesos de copensamiento abre nuevas posibilidades pedagógicas, cognitivas y creativas. Una visión relacional y no dicotómica entre lo humano y lo artificial invita a superar los enfoques reduccionistas que solo ven a la IA como amenaza o como simple asistente técnico, para orientarse hacia un horizonte de inteligencia híbrida, en el que la combinación de capacidades humanas y artificiales potencie la resolución de problemas complejos y la producción de conocimiento. De esta manera, la educación, como espacio privilegiado de formación integral, se convierte en un campo estratégico para modelar formas de interacción crítica, responsable y ética con la integración de la IA en el proceso de enseñanza y aprendizaje.

Finalmente, la dimensión ética se establece como el eje fundamental para garantizar que la IA se desarrolle al servicio del bien común y no como un ente deshumanizador. La ética de la responsabilidad exige una conciencia profunda de los efectos presentes y futuros del uso tecnológico, incorporando principios como la proporcionalidad, la transparencia, la equidad, la sostenibilidad y la protección de la vida. Asumir que toda innovación tecnológica conlleva decisiones con impacto social y ambiental implica que la IA además de evaluarse por su eficacia técnica, puede evaluarse por su capacidad de sostener una sociedad más justa, inclusiva y solidaria.

